

el fracaso del positivismo como presupuesto del cientifismo en su disputa con la teoría crítica de la sociedad

Henry Luque Muñoz

En este trabajo intentaré mostrar el fracaso del positivismo como presupuesto del cientifismo. Evitaré caer en la ingenuidad de meter en un solo saco a todas las formas del positivismo que se han dado. Parto sí del hecho de que todas ellas hay una confluencia de presupuestos que determinan una misma concepción del hecho científico. Sostengo, igualmente, que en la medida en que los positivistas actuales no superen los presupuestos del empirismo, serán por lógica consecuencia, reencarnación del empirismo clásico.

H. L. M

Con anterioridad al positivismo, toda concepción del mundo, se podía ubicar, salvo excepciones contadas, dentro de dos estadios generales: el **idealismo subjetivo**, que hacía depender la realidad de la propia conciencia, y el **idealismo objetivo**, que si bien reconocía la existencia de un mundo independiente de los sentidos, a la postre se tornaba idealista, al definir lo real como formas universales e ideas absolutas, que presumiblemente reinaban sobre el hombre, aún sin que éste lo supiera. Platón recomendaba, entonces, "cerrar los ojos y taparse los oídos", la realidad estaba en el ámbito evanescente de las ideas. Aristóteles oponía a este idealismo el reconocimiento de los sentidos como mediadores de la verdad, pero agregaba la necesidad finalista de adecuarse a un "orden", de forzar el devenir hacia una meta predeterminada, con lo cual la crítica que éste le formulaba a Platón, resultaba ser más de grado que de especie. Además del idealismo, un aspecto identificaba estas dos vertientes generales de la filosofía: la certeza de que la realidad nos es dada, es estática; la pasividad como sustancia que refrendaba a un nivel perdurable el acierto de que, en verdad, lo que se mueve está quieto. Si una verbalización sistematizada daba la pauta, en las dos corrientes enunciadas, de a qué estrato ideal acudir, para descifrar la verdadera génesis de lo real, la usual procedencia ontológica de las categorías y su penosa confrontación con la realidad, ha-

cían sospechosas aquellas corrientes derivadas primigeniamente de los griegos, que daban prioridad a unas esencias intangibles, difíciles de detectar en la práctica histórica, y cuya terquedad en relevar que todo permanece siempre idéntico así mismo (principio de identidad), sucumbía fácilmente con los profundos cambios y remesones de la experiencia. La verdad se indagaba, pues, en libros que ignoraban voluntariamente la versatilidad continua de la realidad. Era esta la forma como el idealismo, en sus diversos matices, ilusionaba al hombre: para averiguar lo que afuera existía, no se debía interrogar la realidad misma, sino a la propia conciencia, en cuyo fondo estaban calcados patrones sobrenaturales y moldes conceptualistas. Ello explica que José Celestino Mutis hubiera sido denunciado por los directores de la Universidad Tomística de Santa Fe de Bogotá, ante el comisario de la inquisición, por haber propagado las ideas de Copérnico, que desdibujaban la pureza de las enseñanzas católicas.

El positivismo surge, históricamente, a mediados del siglo XIX, como una corriente, que afecta a la filosofía y a la nascente sociología al mismo tiempo. Se originó principalmente a la sombra de Hume y sobre la base de la filosofía cartesiana. Bautizado finalmente por Augusto Comte, antes de 1846. Pretendía el positivismo, abandonar el terreno de las **causas primeras**, de que se ocupaba la escolástica y efectuar, en el conocimiento, la transición hacia la realidad pura, colocando en primer plano la **observación** y la **experiencia**. Ni idealismo subjetivo, ni idealismo objetivo: la sola realidad sin antecedentes ontológicos ni metas finalistas. Entendía Augusto Comte, que bastaba con dar cuenta de lo observado y agregaba que lo importante provenía de descubrir las leyes que traducen las relaciones constantes e invariables entre los fenómenos. Mirar las ciencias físico-químico-matemáticas y las ciencias sociales con el mismo método: en ambas, lo fundamental es detectar, según él, lo que se repite, que en últimas recibirá el apelativo de **leyes**. Fuera de experiencia, observación, ley, otras palabras ayudaban a definir los intereses del positivismo, a partir del mismo Comte: **lo real, lo útil, lo cierto, lo preciso, lo relativo, y lo positivo**, por oposición a lo negativo. Se solazaba en asumir que esa teoría, alcanzada por la visualización positivista era, no otra cosa, que el auténtico reflejo de lo real. Y alcanzaba su mayor virtud organizado en leyes, que prefiguraban la única y legítima teoría de los fenómenos. “Por **filosofía positiva**, comparada a **ciencias positivas**, entiendo solamente el estudio propio de las generalidades de las diferentes ciencias, concebidas como sometidas a un método único, y formando las diferentes partes de un plan general de investigación”. (Comte). Agreguemos otro texto del padre del positivismo, para comprenderlo mejor, tomado de su primer volumen de **Política**: “Nuestras operaciones interiores no son más que la prolongación directa o indirecta, de nuestras impresiones exteriores”. Tiene esta afirmación, el mérito psicológico y sociológico, de apuntar que lo subjetivo está condicionado por lo objetivo, pero deja abiertos grandes interrogantes. ¿Es el hombre un producto pasivo, a quien las instituciones pueden moldear y manipular a su antojo? Obsérvese que, sin quererlo, el positivismo retoma aquí un cariz aristotélico, aunque con diferente desenlace, al imponerle a la conciencia un finalismo es-

pecífico: lo subjetivo debe, inevitablemente, obedecer y seguir la huella de lo que afuera existe, o sea, el fin de la conciencia es convertirse en eco de lo existente, en re-productor, a nivel interior, de las ideologías y relaciones sociales de producción dominantes.

Hasta aquí Augusto Comte reproducía involuntariamente —nadie puede sustraerse a la historia— un principio inherente a los idealismos iniciales: el supuesto de que la realidad es armónica, equilibrada, no contradictoria, apoyándose en la hipótesis, estatuida ya como verosímil, de que la ciencia positiva puede ocuparse de registrar la continuidad lineal de los fenómenos, sin antagonismos que la ofusquen. La ciencia verá los hilos que uniforman la realidad, los eslabones que la tipifican. Siempre que se produzca una causa, dentro de determinadas condiciones, se producirá un efecto predecible, de tal modo que, toda vez que se combinen en el laboratorio H_2O , en la proporción anotada, se obtendrá agua, y en el orden social, siempre que se reprima al individuo, este responderá con la obediencia. Anotamos aquí, un vacío grave del positivismo, derivado de la suposición de que los fenómenos de la naturaleza y los de la sociedad, varían a un mismo ritmo. Con razón escribía Comte que “toda ciencia consiste en la coordinación de los hechos”. Obsérvese que la **coordinación** es una categoría de la armonía, a que aducía Platón, con lo cual, repetimos, el positivismo deja de tener una consistencia propia, autónoma, y empieza a alimentarse subyacentemente de la racionalidad objetiva, perteneciente al otro tópico: el idealismo objetivo. La razón, a la que inevitablemente tendremos que aludir, no es para el positivismo, como puede apreciarse, la espontánea deliberación del entendimiento y de la imaginación, sino la sujeción a una razón impuesta, de donde se deduce que para el positivismo pensar y obedecer son una y la misma cosa; pensar y reproducir son idénticos, pues el pensamiento para ser tal, vale decir para “realizarse”, debe fundar su acción en la **repetición** de lo concreto. Pensar es imitar la realidad observada. La libertad creadora del entendimiento quedará circunscrita a la estrecha posibilidad de reconocer desde el biombo de la observación, la manera como se enlazan de un modo “estable” todos los segmentos de la realidad.

Tenía Comte la esperanza de que el positivismo no fuera un siempre empirismo, es decir que se limitara a ser una simple experiencia sin teoría. El empirismo exagera unilateralmente la significación del conocimiento, mientras el positivismo totaliza en una **estructura interdependiente**, todos los elementos de la realidad. Es este un avance teórico del positivismo: alegar que si nada existe aislado, la realidad se inscribe en una estructura totalizadora, por lo que sería utópico explicar al hombre individualmente, sin correlato alguno con su sociedad. Se contradice, sin embargo, el positivismo, al no lograr ser enteramente objetivo, sobre todo cuando habla de interdependencia. Afirma la objetividad de una estructura ideal, no real, puesto que toma la sociedad como un esqueleto vacío que se puede maniobrar al antojo del observador y poseedora de segmentos, cuya interdependencia recíproca, garantiza a priori la prolongación funcional de la realidad social. La armonía funcional, que pregona el positivismo entra en crisis como método, pues este tipo de sociedad no existe, no ha existido jamás, sino en la conciencia o en la mente de los idealistas. Vuelve a equivocarse el positivismo al no reconocer la movilidad dinámica de la historia y se hace más engañoso aún, bajo esa ala del

positivismo moderno que se denomina el **estructural-funcionalismo**, cuya falla más protuberante radica en quedarse frente a la realidad en un perfil abstracto, ideal, que recuerda unas veces a la ontología escolástica y otras, a su aliado, el racionalismo objetivo. Amplio el discernimiento de la contradicción en esta postura del positivismo, así: según es dicha corriente, los elementos que componen la estructura social son inter-dependientes, uno determina al otro, produciéndose siempre una **integración**, donde cada rol responde de acuerdo con su respectivo status. Ejemplificando: A determinaría a B. En lo social operaría del siguiente modo: la institución familiar, llámese B estaría determinada por otra institución, la religión, la política, etc., llámense A, de tal modo que cada institución es un eco de la otra, estableciéndose un continuum interminable, en que cada proceso social sale linealmente de otro y produciéndose en la práctica una perfecta coordinación y reciprocidad entre las instituciones. El señor Presidente reproduce lo que dice el propietario; el padre de familia reproduce lo que dicen el maestro y el sacerdote, y todos al unísono ratifican los valores de la cultura dominante. Nos hallamos, por bondad del positivismo ante una sociedad feliz, bienaventurada, donde brilla el imperio de la conformidad y ninguna subversión opaca el sueño de sus idílicos habitantes. Solo que no es real: existe en los cuentos, en la literatura fantástica, en el código de los idealistas, y, naturalmente, en los presupuestos del positivismo. Como se aprecia claramente, lo que el positivismo visualiza no es la realidad, esa realidad que hace la historia y que es siempre caótica y contradictoria. Qué es lo que observa, entonces, el positivismo funcionalista? En rigor observa, no la realidad sino un patrón cultural que se obstina en perpetuar, un arquetipo que decae en la paradoja de hipertrofiar la práctica y la teoría, a un mismo tiempo. Quisiera explicar cómo el positivismo no es teórico y más bien decae en el practicismo. (Cuando digo teórico no digo utópico sino científico). La debilidad teórica del positivismo, procedente de su miope visualización de lo real, lo margina, de una epistemología científica. Se torna empírico, al sensualizar la realidad, sobre todo cuando admite que con solo patentar lo que ve, está ya haciendo teoría y ciencia. No reconoce la agitación persistente de la práctica, trasmutando ficticiamente la praxis en una abstracción. Como bien afirmaba Hegel, a propósito del empirismo, "la simple percepción no es la experiencia". Con ello se esclarece todavía más la palpable contradicción del positivismo: la percepción del ser, en su exterioridad, reflejada en la mera observación fenomenológica, no dice lo que el ser social es. Se establece así, que el empirismo es pariente cercano del positivismo y que, de todas maneras, no existe positivismo que no sea empirista en alguna medida, dadas sus enormes lagunas teóricas. El positivismo no hace teoría científica. Simplemente hace un empirismo organizado. Lo que pomposamente llama "teoría", es, apenas, un **empirismo abstracto**. No por trasladar el objeto al papel, ni aún la reiteración de su conducta, sin profundizar en la causalidad que lo determina, ni en las contradicciones que lo identifican en su interior, ni en las oposiciones que encuentra en el exterior, hace ciencia, del mismo modo que no se puede explicar y comprender la interioridad de un sujeto por una fotografía que se tome de su apariencia.

Una vez precisado el relativo carácter de científicidad del positivismo queda explícita su incapacidad, para interpretar la realidad. Me referiré ahora

a una nueva insuficiencia de esta corriente metodológica. Se trata de su evidente mecanicismo que lo lleva a percibir la realidad como una estructura **homogénea**, donde todas las partes se **comprenden y se gratifican**, sin que existan matices cualitativos diferenciales. El sistema de "lo social" es transformado en una masa alegre, donde todos los desplazamientos ocurren a la misma velocidad, donde no hay diferencias en la densidad de la acción y donde no se da cabida al conflicto. No existen sociedades que se ajusten a esta programación, donde una concepción del mundo íntegramente positivista, diga que **sí** a todo lo existente, es decir donde **todo** sea positivo. He aquí otra de las falacias del positivismo.

Avanzamos seguidamente hacia nuevos desaciertos de la teoría comtiana. Se trata de su obstinación en certificar que la estructura social, es una suma de elementos cuantitativos, donde obediente a su mecanicismo, lo singular se halla conciliado armónicamente con lo general. O sea todo hombre (singular), sin excepción, se subordina a la cultura. (general). Se deja entrever la trampa que utiliza al absolutizar en una pluralidad abstracta las dispersas y con frecuencia anárquicas particularidades. De esta manera surge la necesidad de que el positivismo se ampare en un lenguaje, en una teoría, que al zafarse de la prisión del empirismo, le confiera una significación adicional. Es la pretensión, ya esbozada, de que esa experiencia que de pronto se torna resbalosa e inasible, pueda atarse con un hilo filosófico conductor, que les imprima una orientación calculada. Hablamos del **Positivismo Lógico**, que es algo así como un empirismo con metafísica. Para A.J. Ayer una "proposición es verificable, "en sentido débil", si es posible a la experiencia hacerla probable", y en "sentido fuerte" si "su verdad puede ser concluyentemente establecida por la experiencia". Y más adelante señala "Porque ser racional es, sencillamente, emplear un procedimiento auto-coherente y autorizado para la formación de todas las creencias propias (. . .) Porque nosotros definimos una creencia racional como aquella a la cual se llega mediante los métodos que ahora consideramos seguros (. . .) Confiamos en los métodos de la ciencia contemporánea, porque en la práctica han tenido éxito". Una afirmación reveladora de Ayer, que lo muestra más explícitamente como un acervo defensor del positivismo dice que "Al definir la noción de una cosa material en términos de contenido material, resolvemos el llamado problema de la percepción". Pero la lógica propiamente dicha, en la medida en que instrumentaliza la realidad con elementos ideológicos, establece unos principios estereotipados rígidos, que nada agregan a la lucha epistemológica por conocer la realidad, pero sí en cambio vician el método, fanatizando el control unitario de la realidad. Horkheimer y Adorno ven la enajenación que produce la lógica, anotando que "la expulsión del pensamiento del ámbito de la lógica ratifica, en el aula universitaria, la alienación del hombre en la fábrica y la oficina". La táctica del positivismo, o de los positivistas, es **doblemente antagónica**: consiste en ver la realidad como si fuera estática, pero armarse continuamente para atacarla y reprimirla, cada vez que protesta o se mueva. La paradoja del positivismo se enunciaría así: la realidad social es estática, armónica y pacífica; todos sus elementos contribuyen a la sobrevivencia del modo de vida imperante, sin permitir cambios sustanciales. No obstante, esa realidad es

preciso amordazarla y dominarla para destruir las nuevas causas que aparecen, lo mismo que la lucha de contrarios, a fin de paralizar la inconformidad, que a pesar del consenso de afirmación alrededor de los valores tradicionales, crece y se multiplica incesantemente en su interior.

Enuncié en algún párrafo anterior la palabra **velocidad**, adjudicándosela al positivismo. Podrá parecer extraño, pues el positivismo no cree en el movimiento sino en el **equilibrio** y el **reposo absoluto**. Señalaré a continuación con qué significado habla el positivismo de movimiento. El positivismo no reafirma el movimiento que cambia de raíz la cualidad provisionalmente intrínseca de las cosas, sino un tipo extraño o mejor, común, de **locomoción mecánica**, que no cambia esencialmente nada. El movimiento mecánico no cambia nada, pues la mecanización reproduce modelos, los multiplica infinitamente, haciendo ver imaginaria o simbólicamente su segregación como una transformación que beneficia integralmente a la sociedad global. Los positivistas desean para la realidad la transformación de la forma, no del contenido, y cuando hablan del movimiento (mecánico) piensan no en la re-revolución de la realidad, sino en un estatismo móvil que se conoce con el nombre de **evolución**, que consiste en realizar hábiles modificaciones en la presentación exterior del fenómeno, pero guardándose de afectar la integridad sustancial dominante. Ejemplos de ello el asumir que el analfabetismo puede superarse construyendo algunas escuelas, o que una universidad superará sus contradicciones con solo comprar un laboratorio o construir canchas para deportes.

He preferido, ahora, para hacer más elástico el texto, sustituir la palabra positivismo, por los positivistas, con lo cual se entiende que los unos son receptáculo de lo otro. He hablado, sin cubrirlo todo, del fracaso del positivismo, un fracaso tan escandaloso, como puede dar cuenta la realidad misma, su perenne insurgencia, las revoluciones anti-coloniales, anti-fascistas, anti-imperialistas, existentes actualmente en el mundo, y las abundantes bibliografías de Teoría Crítica que responsables científicos de las humanidades, en Sociología, Psicología, Psiquiatría, Antropología, Economía, Política y otras disciplinas de señalada importancia, han evidenciado con exhaustivo rigor. Tal vez un texto de Theodor Adorno, nos ayude a comprender la persecución contra la dialéctica y la sociología crítica:

“Treinta años ha necesitado la teoría crítica para abrirse paso entre la cultura industrial; todavía hoy son muchas las instancias que pretenden asfixiarla porque perjudica su negocio”.

Hablaré del positivismo en la actualidad, con lo cual me acercaré más explícitamente a la polémica entre humanismo y técnica.

El humanismo tradicional, que va de la ontología al empirismo crudo ha sido enunciado, en sus bases filosóficas y sociológicas más generales. Este humanismo usa diversas caras que van desde el idealismo subjetivo hasta el idealismo objetivo, avanzando hasta el positivismo puro y el positivismo lógico; tiene una característica cualitativa fundamental, sobradamente certificada por la historia: está interesado en perpetuar y reproducir el binomio dominante-dominado a todos los niveles institucionales de la sociedad, tal como ocurrió y ocurre bajo el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo. Este humanismo positivista, ha fetichizado la concepción de un mundo, donde

unos hombres deben estar **arriba** y otros **abajo**. Su esfuerzo por acudir a toda costa a viejas filosofías, proviene de la necesidad de justificar y legitimar como natural e incluso indispensable, la sociedad dividida en clases. Recordemos que para Platón, la conciliación amistosa entre las clases sociales era la máxima aspiración: "el fin supremo de la educación es formar guardianes del Estado que sepan ordenar y obedecer según la justicia". Se entiende de qué clase de "justicia" habla y para quiénes. Con acertada razón la Sociología Crítica, ha precisado que "la Sociología no es una ciencia del espíritu" (Adorno), para distinguirse de la sociología positivista-funcionalista, que solapada o abiertamente respalda una metafísica.

En la Sociología positivista contemporánea la falla más aberrante es la de promulgar la **neutralidad**, como un prerrequisito del análisis. Como bien anota Lucien Goldman; no puede haber neutralidad, cuando, desde antes de iniciar la investigación el investigador ya se pone del lado de la realidad investigada. Su imparcialidad deriva, pues, en jugar a que reconoce el contrario, cuando siempre lo desdena. Si algo **negativo** se descubre, esa **negatividad** no será real, sino que será una postura de la conciencia que se pone en contra de la realidad; por tanto dicha negatividad debe ser abolida y sustituida por la **descripción pura**. Son muchos los matices que puede seguir el positivismo frente a lo negativo, según que quiera por conveniencia, enfatizar en lo metafísico o en lo empírico. Si se certifica, en la investigación, que hay familias que viven en la miseria, se debe explicar "científicamente" el problema, haciendo ver la miseria como un estado natural de la sociedad, sin averiguar las causas, pues la "neutralidad científica", nada tiene que ver con indagaciones de esa naturaleza. Y es así como el imponderable antropólogo mejicano Oscar Lewis, cree hacer una denuncia encomiable sobre los horrores de la miseria, en su libro "Antropología de la Pobreza", cuando sugiere con la vitalidad de su descripción, (observación) que la miseria puede ser una condición social natural, y por lo tanto inevitable e insuperable. Y falla todavía más, cuando omite misteriosamente el origen de la pobreza y sus causas.

El positivismo sociológico considera que agregar a la descripción su por qué dialéctico, u orientarla dialécticamente, es salirse de la realidad e ingresar a un subjetivismo que viola la neutralidad de la ciencia. Otro interrogante fundamental, para mostrar la inutilidad científica del positivismo, es el de ver cómo elude la solución a la contradicción entre la **ignorancia** y el **conocimiento**. Si no le interesa descomponer el objeto para estudiarlo, ni menos que se profundice en sus leyes latentes, es porque de alguna ~~manera~~ le interesa imponer un buen grado de desconocimiento sobre la realidad. Se comprende por qué la **ignorancia facilita la dominación**, y por qué la frivolidad como una forma de anti-intelectualismo, tiene prestigio en nuestras sociedades. Y esto es claro, porque al no traducir convincentemente la realidad en términos de **problemas** sino en términos de **descripciones**, se queda en la confrontación vulgar de la apariencia. Con indudable **precisión** anotada Karl Popper: "el conocimiento no comienza con percepciones u observaciones o con la recopilación de datos o de hechos, sino con problemas". La creencia de que los orígenes de un proceso social, como la marginalidad en los países del llamado Tercer Mundo, funda su origen en sí mismo, y no en causas externas como la dominación imperialista, dejan en claro que este método es

tá seriamente afiliado a los intereses dominantes. Ilustro esta aseveración, con una cita de Roger Vekemans, un metafísico, que habla de sociología:

“La tesis nuestra, por el contrario, sostiene que no es tanto la dependencia la que crea la marginalidad, sino más bien la marginalidad y el herodianismo pre-industriales que atraen la dependencia”.

La simplificación de la realidad, en el análisis incipiente, o mejor en la supresión del análisis, caracteriza también al positivismo. El propósito de esta simplificación deriva de convertir la realidad en una *priori*, que congela el conocimiento en la primera visualización, negando el paso a una indagación más honda del objeto; resbalar sobre la superficie sin tocar el interior. Esta ineptitud facilita la proliferación lateral de concepciones que se reafirman en el hecho de que no siendo factible estipular las causas y los efectos, hay **fatalidades** inherentes a la realidad, cuyas causas no son delimitables, y que por tanto no permiten ni comprender ni explicar los fenómenos. El hambre o la dominación se transforman mágicamente en un problema de “mala suerte” y el suicidio en un “castigo”. Esta frivolidad y simplificación gnoseológica, neutraliza el desarrollo de los procesos mentales al automatizar la percepción. Al percibir el mundo como una totalidad de objetos necesariamente cosificados, sin rebeliones en su seno, estatuye y legitima la alienación como un principio de la realidad. La espontaneidad creadora del arte y de la ciencia estarán amordazadas sin remedio, con lo cual se comprende **que la verdadera finalidad del positivismo es la supresión de toda discusión**. De ahí que la ingenuidad se constituya en un valioso auxiliar. Su intención primordial es suprimir el pensamiento como deliberación analítica, por cuanto su función no es **interpretar** sino simplemente **reproducir**. **Queda claro que la finalidad del positivismo es suprimir, en últimas, el pensamiento.**

El otro problema del positivismo, ya enunciado parcialmente, es el de la confusión entre lo **cuantitativo** y lo **cualitativo**. La investigación social que asume como directriz fundamental el acopio cuantitativo de datos, a través, por ejemplo, de la encuesta, deslinda el factor cualitativo, fosiliza las relaciones objetivas de la realidad, al descartar el acercamiento causal-explicativo y reemplazarlo por abstracciones numéricas netas. La inducción y la deducción no resuelven el problema: dicen cómo ascender o cómo descender linealmente, pero no qué antagonismos hay ni como se puede sustituir la escalera y por tanto no pueden concebirse como polos contrapuestos sino como variantes de una misma dimensión. Con Marx, queda derrotado el carácter especulativo de estas filosofías: “No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia (. . .), allí donde termina la especulación, en la vida real, comienza también la ciencia real, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Terminan allí las frases sobre la conciencia y pasa a ocupar su sitio el saber real”.

Elton Mayo, uno de los créditos de la sociología experimentalista de hoy, ve la sociedad como un proceso unívoco de colaboración, donde el conflicto es extraño. Talcott Parsons señala la desviación social y el conflicto como tumores malignos que deberán extirparse de raíz, para salvar la integridad tradicional de la sociedad. El francés Emilio Durkheim pretendía que los hechos sociales, acertadamente expuesto como exteriores al individuo, fueran estudiados **como cosas** inmóviles, como tiasas estructuras, no malea-

bles. Pitirim A. Sorokin reduce "lo social" exclusivamente a lo que es tangible por medio de la observación. Raymond Aron, líder del positivismo industrial pone en términos de igualdad a Estados Unidos y Rusia, en cuanto a los alcances humanos de estas dos sociedades, con lo cual hace una comparación mecánica, que descuida los matices y la entraña cualitativa que tipifican al hombre en estos países, sin distinguir que se trata de dos concepciones del humanismo, no solo diferentes sino antagónicas.

Las instituciones como reguladoras de la acción social, exigen adaptación y subordinación a sus finalidades. **Una institución es por tanto un enemigo de la crítica.** Modernamente, estas instituciones respaldan y acogen con sus valores la expansión del tecnicismo, invadiendo estadios aparentemente ajenos al suyo, el de "la función de legitimación de la autoridad capitalista", que suscribe Habermas. La ideología que en nuestra cultura lleva implícita la ciencia y la técnica, desliga críticamente al trabajador técnico de la verdadera finalidad a que sirve la venta de su fuerza de trabajo, **creándole un divorcio artificial entre ciencia y política, técnica e ideología.** Esta manipulación, vigorizada por las escuelas amantes del Espíritu Positivo, pretenden colocar la técnica por encima de las clases sociales, como si pudiera llevar **per se** el desarrollo, y sin usufructuarios concretos aparentes, salvo los que se desprenden del "avance científico", sin correlación de niveles de utilidad con la sociedad global. Que el tecnicismo es bueno **en sí**, no importa quien se beneficie, es la idea fundamental. La adoración de la técnica, como postura que se sustrae virtualmente al subdesarrollo social, se ampara en una ideología cuyo instrumento de manipulación es la **razón**, esa razón que si acaso delibera es solo para ponerse en favor de sí misma, y cuya ceguera encuentra en el humanismo científico una muralla que la interroga continuamente por la avaricia de sus ambiciones. Con Max Horkheimer comprendemos que la ciencia y la técnica positivistas **"transforman el pensamiento en cosa**, en instrumento, tal como gustosamente lo llama". En otros términos la razón tecnificada es un sistema de dominación. Por ello la racionalidad acrítrica del positivismo tecnicista, genera contrastes tan repulsivos como el de un hombre enfermo, desnutrido y semianalfabeto que ve la televisión, o un país que compra aviones y reactores atómicos para entrar en una competencia artificial con su propio vendedor y casi siempre para defender una soberanía que, en rigor no le pertenece, contra unos enemigos inventados por el promotor de la mercancía.

El empirismo cibernético, distanciado del control de las masas, engolosa al hombre común, para obligarlo a verse simbólicamente representado con su inteligencia en la máquina, a consecuencia de lo cual estará autorizado para preciarse de "racional" y "universal", justamente por pertenecer a un género humano que hace "máquinas geniales". Extraña alegría esta que solo le suministra como ficción su propia ignorancia. Dentro de este marco el tecnicismo contribuye a conservatizar la sociedad; inmuniza al hombre de tal modo que su libertad consiste en elegir únicamente entre las opciones que la cultura dominante le inculca: si es "inteligente" y "ambicioso" podrá privilegiadamente alcanzar un status de dominación; si es "débil" e "incapaz", es decir "inferior", estará condenado a emular sin éxito. Naturalmente aquí el error consiste en no ver las desiguales posibilidades objetivas a que está sometido el hombre, como una endeblesz congénita del sistema. Es lo que suele enmasca-

rarse frecuentemente con palabras de notable desgaste semántico, como “democracia”, “justicia”, “orden”, etc. En los llamados casos mejores, el hombre debe pagar con su angustia la lucha por ascender en la escala social, hasta un punto en que pueda disfrutar de los beneficios técnicos del progreso. El arribismo cultural como una maratón social hacia posiciones más elevadas, impone y exige la negación de la propia identidad original de clase del individuo. Avergonzar a las personas de ser como han sido, es su arduo y paradójico trasluz ético. La función de las presiones sociales ideológicas, materializadas en pautas al servicio de la tecnología, será la de crear una camisa institucional de fuerza, tendiente a interiorizar el esquema-prejuicio de que si todos creen en la técnica, —no importa cómo se les haya persuadido—, es porque es irrefutablemente válida. La otra ilusión radica en que todos pueden tener acceso a ella en condiciones de igualdad.

Hans Magnus Enzensberger señalaba que “el proceso de industrialización ha convertido en inhabitables ciudades enteras y campos enteros desde hace más de ciento cincuenta años”. Esta expansión desmesurada se halla ligada a la expansión, muchas veces desarrollista, del industrialismo capitalista, que ordenará a nombre de la libertad competitiva, respetar la concentración y multiplicación de las fábricas en el corazón de las ciudades. Enzensberger explica cómo ya en el siglo pasado en Londres, 750.000 habitantes de esta ciudad debían mendigar o robar el agua debido a que las fábricas de agua estaban monopolizadas por firmas privadas. Consecuentemente, el aprovechamiento de la ecología y su socialización, se encuentra ligado a la ubicación del hombre en relación con los medios de producción y al estilo de planificación dominante. Investigaciones de gran seriedad, han demostrado que en Bogotá, Cali, Medellín y Cartagena, se gesta una venenosa polución progresiva, y alguna denuncia acallada por la prensa culpa a algunas fábricas caleñas de la muerte de numerosas personas en determinados barrios de la ciudad, decesos que en principio fueron atribuidos a “causas extrañas”.

La ecología lleva, pues, factores ideológicos que le imprimen un rumbo, en beneficio de quienes son dueños del aire fresco, de la vegetación, de las zonas de acceso a tierras petroleras y la utilización técnica de la geografía está condicionada por las relaciones de producción dominantes. El positivismo suele entender, en su usual distorsión de la realidad, que el medio ambiente poco tiene que ver con la política. La falta de comprensión causal de los fenómenos lleva al positivismo a suponer que hay cierta **generación espontánea** inherente a los fenómenos, que los hace explicarse por sí mismos, sin asocio con las instituciones imperantes. Esta incompreensión de la dinámica cambiante de la causa y el efecto en la realidad, abona el terreno ideológico para darle cabida a teorías mágicas que hacen proceder los fenómenos por predestinación, por bondad sobrenatural, o por la fuerza psíquica de milagros que a horcajadas de la superstición “explican” los movimientos de la experiencia desde un más allá incomprensible para la “débil” inteligencia de los mortales. El positivismo ignora que todo tiene que ver con todo, al mostrar, por ejemplo, que quien no está explícitamente afiliado a una ideología, no pertenece, en rigor, a ninguna; que el deporte, la Iglesia, no suponen y reflejan una política determinada. La verdad no depende de lo que los individuos piensan de sí mismos, sino de las relaciones objetivas que guarden en y

con la sociedad. La verdad tampoco es patrimonio de los científicos sociales, la verdad no es subjetiva. La verdad está ahí, afuera, y sus contradicciones existirán, aunque nadie las reconozca.

Acercar idílicamente al hombre del campo a la tecnología, mostrándole como un objeto mágico una avioneta o una filmadora —es esta la función de los antropólogos colonialistas en los países subdesarrollados—, y comprometer al hombre ciudadano con la industrialización y la técnica, en la ilusión de alejarlo del “retrasado” ruralismo artesanal —el provincialismo tiene poco prestigio— para convertirlo en un agente leal del progreso, que incremente con su trabajo la desmesurada ambición de los dueños de los medios de producción y, principalmente, la multiplicación creciente de la plusvalía. La ciencia y la técnica facilitan, como ya se dijo, la dominación, pues transmiten a los valores sociales sus operaciones mecánicas, en términos de estímulo-respuesta. La psicología conductista facilita este estilo de forzada armonización social, al plantear la discusión escasamente sobre las motivaciones necesarias para inducir al hombre a realizar la acción ordenada, sin importarle la cuota de alienación que provoque, ni mucho menos los intereses que lleva implícita toda programadora ideológica. La tecnología, bajo el capitalismo, hace del hombre un correlato de la máquina. La tecnología auspicia la división del trabajo, al facilitar la acumulación de capital adicional en los dueños de las máquinas, al tiempo que enajena a los trabajadores directos imponiéndoles a través del extrañamiento el dominio sobre elementos cuyo alcance será privativo, en su dominio, de profesionales especializados. La interacción de los hombres resulta mediatizada por la tecnología, pues ante la imposibilidad de dialectizar la realidad, los trabajadores indirectos, administradores, etc., soñarán con manipular a sus subordinados tal como se puede maniobrar la máquina, cuya obediencia y pasividad es solo comparable a las exigencias funcionales del positivismo lógico.

El aserto marcusiano de que la civilización se funda en la represión de los instintos, amplía el horizonte trazado por Freud que nos remite críticamente a una cultura espiritualista, donde cada hombre paga con la neurosis el derecho a compartir las ventajas de la cultura. Podríamos hablar entonces de la sexualidad política y establecer cómo la intimidad más privada del hombre no se salva de las influencias, aparentemente más ajenas, como las relaciones económicas .

Vance Packard refiere en su libro “La sociedad desnuda”, la intimidación detectivesca permanente que sufren los norteamericanos, cuya vida es seguida cuidadosa y clandestinamente por agencias de seguridad industrial, que garantizan a sus clientes una información insospechada sobre las personas que deseen, por comunes que estas sean. Ilustra Packard esta circunstancia explicando cómo, además, para seleccionar aspirantes a empleo, se promueve en forma intensiva el detector de mentiras, como un medio eficaz para averiguar: a) intenciones latentes sobre su permanencia en el empleo; b) tendencias ocultas hacia la deshonestidad; c) si tiene hábitos peligrosos o vicios como el alcohol; d) si es homosexual o tiene alguna tendencia en este sentido

* Véase a este respecto los trabajos de Deleuze y Liotar, en torno a la Economía del deseo, e igualmente, en el contexto de la relación Marx-Freud, los trabajos de Wilhelm Reich.

Para perfeccionar estas averiguaciones muchos empresarios han sugerido que se aumente la precisión del detector de mentiras, "agregándole instrumentos que medirán las ondas cerebrales, la actividad cardíaca y los tics oculares" (Ibid). El autor interroga su propia sociedad cuando dice "cualquier empresa que impone semejante humillación a sus futuros empleados merece de éstos lo peor en materia de lealtad, dedicación y honestidad y es probable que lo obtenga". (Ibid).

Cumple, pues, la tecnología la función de incrementar la dominación no solo en lo económico sino en lo psicológico y lo social, al borrar con una inteligencia técnica programada, la necesidad de desarrollar los pasos analíticos de la mente en la producción de datos, a la vez que, en otra perspectiva, generará desempleo al hacer innecesario el trabajo que la máquina por sí misma satisface. La precondition del manejo de la máquina está ligado a la necesidad de cierta ignorancia sobre la misma, pues la tecnología dentro del capitalismo está ligada a la monopolización elitista de las patentes y los secretos con los que pretende hacer ciencia. En otras palabras la técnica halla respaldo y complicidad en la ética imperante: la técnica pone las herramientas, la moral las sanciones y las amenazas para quienes se marginan de la obediencia: la ayuda que en alguna de sus historietas presta Superman a un sacerdote, amenazado de robo, revela algo más que un diálogo a nivel de ficción: traduce la identificación entre un agente policivo del armamentismo, y los valores metafísicos que gobiernan la sociedad. Es esta la contracara real del espiritualismo defendido por la cultura de Occidente, individualista y abstracta: la violencia y la moral burguesa se identifican en la práctica y todo esto bajo el presupuesto antropológico de la individualidad como motor definitorio del mismo hombre.

"Puesto que las cosas no se presentan al hombre directamente como son y el hombre no posee la facultad de penetrar de un modo directo e inmediato en la esencia de ellas, la humanidad tiene que dar un rodeo para poder conocer las cosas y la estructura de ellas". Esta aseveración, —que desde luego no sugiere orientar el rodeo hacia el idealismo de las esencias invisibles y eternas—*, y tras la desesperanza total en que nos ha sumido el positivismo, nos ubica ya en el camino del conocimiento científico. Sociólogos que viven bajo el reino del positivismo, como el norteamericano Wright Mills empiezan a sospechar de la legitimidad científica del positivismo, cuando critican la falta de "imaginación sociológica" de los métodos tradicionales. Conviene, pues, escuchar al propio Mills: "Porque esa imaginación es la capacidad de pasar de una perspectiva a otra: de la política a la psicológica, del exámen de una sola familia a la estimación comparativa de los presupuestos nacionales del mundo, de la escuela teológica al establecimiento militar, del estudio de la industria del petróleo al de la poesía contemporánea. Es la capacidad de pasar de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del yo humano, y de ver las relaciones entre ambas cosas".

Cumplen las ciencias sociales actuales que siguen el método científico-crítico, la tarea de efectuar el rodeo anotado, trascendiendo el cascarón de lo real, para internarse en su verdadero sentido. Con ello se garantiza que el hombre no perecerá en la pobre y estrecha cárcel de lo existente, que la pro-

* Me refiero al joven filósofo Checo Karel Kusik.

babilidad de modificar la historia con la acción es indiscutible, pues la predestinación o el retroceso son solo el patrimonio de quienes eligen la alienación como categoría permanente del vivir. La dialéctica materialista como contenido de lo real, o como método para allegar definitivamente los conflictos de la realidad, garantiza una visión no alienada, pues al no cenirse a patrones inflexibles, mantiene el pensamiento abierto a la comprensión crítica. Su exigencia de "comprender en relación" los fenómenos, nos exime de mutilar y aislar la realidad en pedazos o ruedas sueltas, que al parcelar sin relacionar, desconciertan. La caracterización que hace la dialéctica acerca del distinto ritmo con que crecen o se mueven los fenómenos, —que impide dogmatizar la teoría—, las distinciones entre forma y contenido, cualidad y cantidad y las transiciones que suelen darse entre unas y otras, facilitan y permiten la comprensión en profundidad de lo real. Quisiera cerrar la discusión sobre el positivismo, con una sentencia de Max Horkheimer: "La promesa de que un día el positivismo solucionará los problemas esenciales que hasta el momento no ha podido resolver debido a un exceso de tareas, es una promesa vacía".

Qué tipos de alienación ha detectado la dialéctica? La alienación de la Conquista, la alienación de la Colonia, la alienación del hombre que se transforma en feudo de otros hombres, la alienación del capitalismo y del imperialismo. Puede la dialéctica materialista, en su fina penetración esclarecernos aquí y allá la presencia de la alienación: la alienación es **ignorar** las normas y valores que de modo manifiesto o latente, rigen a los individuos, la alienación es permanecer subordinado a otros, con lo cual se es **para otros**, no bajo la forma de colaboración recíproca, sino bajo la forma de dependencia. Pero no sintiéndose el hombre dado a otros, bajo la forma de dialectización de las relaciones de dominación, tampoco es **para sí mismo**, pues no puedo pertenecerme libremente cuando esclavizo o destruyo a otros. La alienación radica en no poder, en la práctica, dentro de las posibilidades concretas y reales transformar la realidad para imprimir **mi** huella en la historia, para hacer la historia, para desarrollar al hombre, en condiciones de justicia ya no formal sino real. La alienación deriva de vivir en la ilusión de que un milagro redimirá nuestra entrega y de que el sufrimiento recibirá su bálsamo en cielos desconocidos. La alienación proviene de creer que se puede vivir en un país sin conocerlo, sin interrogarlo, sin cambiarlo, y pasando impunes sobre la miseria, y llamándole a esa miseria, a esa violencia, paz, orden, armonía, justicia, felicidad. Ni las matemáticas, ni la física, ni la química, pueden descifrar al individuo en su ser social. Una computadora produce un modelo, impone un seguimiento, materializa una orden. Pero no descifra analíticamente nada, su destino no es ser pensamiento creador sino **objeto, cosa**. Así todo hombre que está condenado a reproducir lo que existe, en el nivel de las representaciones o en el nivel de la acción social, no será estrictamente hombre, pues si se mata su tipicidad que es el pensar, se le reducirá a cosa. Mi oposición no es a la técnica, sino al tecnicismo. El tecnicismo, en caso de reconocer algunas ciencias humanas, reconoce solo aquellas en que el hombre solo resulta ser humano a condición de que se imponga a otros, hasta hacerse reconocer como dominador, según precisa A. Kojève, en un texto "La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel". Y se comprende mejor esta frase con otra suya de inusita-

da riqueza y precisión: "Todo lo que hace el esclavo es, hablando con propiedad, una actividad del amo". La respuesta es, en contra de la esclavización, una técnica humanista o una técnica con contenido humano; una técnica al servicio de las humanidades y no al servicio enajenado de sí misma, que pueda mudar al hombre de objeto a ser pensante y libre. Pues una forma común de propagar la alienación en este sentido, proviene de no ver la necesidad de las ciencias sociales en la formación del hombre técnico: de no reconocer, por ignorancia, el solapado abierto matrimonio entre el positivismo y el tecnicismo, para engañar al hombre con una pseudo ciencia, que por ideologizar las enseñanzas que transmite, le comunican un contenido pseudosocial.

Elijamos, pues, entre la alienación o la libertad, entre la máscara o el rostro, entre la máquina o el hombre, entre la ingenuidad y el pensamiento, entre el hombre que imagina y transforma y el hombre que imita, reproduce y muere. Propongo, entonces, que derrotemos la ignorancia, el analfabetismo analítico y comercial que ordenan el positivismo y su mejor aliado, el tecnicismo. Propongo que defendamos al hombre que piensa para los otros y que al no perderse en la soledad de la inteligencia narcisista, se perpetúa en la alegría de los que transforman el mundo cada día. Conquistar para todos la sonrisa, no como antifaz, sino como auténtico reflejo de la plenitud. Es este el fin último del conocimiento científico.

BIBLIOGRAFIA

- ADORNO, Theodor y otros: **La disputa del positivismo en la sociología alemana**. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1972.
- AYER, A.J. **Lenguaje, verdad y lógica**. Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1971.
- ARON, Raymond: **La era tecnológica**. Ed. Alfa, Montevideo, 1968.
- COLMENARES, Germán: **Cultura y Universidad**, en "Estravagario", Colcultura, colección popular, No. 8, Bogotá, 1976.
- DE BEAUVOIR, Simone: **El pensamiento político de la derecha**. Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1969.
- DAHRENDORF, Ralph: **El conflicto de clases en la sociedad industrial**. Ed. Rialp, Madrid, 1962.
- DE MORALES FILHO, Evaristo: **La sociología de los opúsculos de Augusto Comte**. Instituto de investigaciones sociales, México, 1957.
- DELEUZE, Gilles: **Presentación de Sacher-Masoch**. Ed. Taurus, Madrid, 1974.
- DURKHEIM, Emilio: **Las reglas del método sociológico**. Ed. Dédalo, Buenos Aires, 1964.
- ENZENSBERGER, H. Magnus: **Para una crítica de la ecología política**. Ed. Anagrama, Barcelona, 1974.

- FREUD, Sigmund: *El malestar en la Cultura*. Alianza editorial, Madrid, 1970.
- GOLDMAN, Lucien: *Las ciencias humanas y la filosofía*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.
- HABERMAS, Jürgen: *La técnica y la ciencia como "ideología"*, en revista "Eco", No. 127, Bogotá, 1970.
- *Trabajo e interacción*, en "Théorie traditionnelle, théorie critique", Gallimard, París, 1976.
- HEGEL, G. W.F.: *Lógica*. Ed. Ricardo Aguilera. Madrid, 1971.
- HENRY, Jules: *La cultura contra el hombre*. Ed. Siglo XXI. México, 1973.
- HORKHEIMER, Max: *Crítica de la razón instrumental*. Ed. Sur. Buenos Aires, 1969.
- *Sobre el concepto del Hombre*, Ed. Sur Buenos Aires, 1970.
- *Dialéctica del Humanismo*. Ed. Sur, Buenos Aires, 1969.
- *Teoría Crítica*. Ed. Barral, Barcelona, 1971.
- KOJEVE, A. *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. Ed. La Pléyade, Buenos Aires, 1971.
- KOSIK, Karel: *Dialéctica de lo concreto*. Ed. Grijalbo, México, 1967.
- KUHN, POPPER y otros: *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1972.
- LAING, y, COOPER: *Razón y violencia*. (Una década de pensamiento sartreano). Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972.
- LUQUE M., Henry: *La civilización, ataúd de los instintos*, en "El Tiempo", suplemento dominical, Octubre 22, 1972.
- *Narradores colombianos del siglo XIX*. ver: "Crónicas de Bogotá", de Pedro María Ibáñez. Colcultura, Biblioteca básica, No. 19, Bogotá, 1976.
- MARX, Karl, y, ENGELS, Federico: *La ideología Alemana*. Ed. Arca de Noé, Bogotá, 1975.
- MARCUSE, Herbert: *El hombre Unidimensional*. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1964.
- *Contrarrevolución y revuelta*. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1973.